**Domingo 3º de Cuaresma (A). 19.03.2017: Juan 4,5-42**

***“Ni en este monte, ni en Jerusalén…”* ¿Ni en catedral? En ti… ¡CONTIGO!**

El tercer domingo de la Cuaresma de la Religión católico-vaticana será el día 19 de marzo. Coincide en el tiempo con el día de José, el sanjosé. El padre de Jesús de Nazaret, aunque no sea así reconocido ni celebrado. Ignoro cuáles serán las competencias litúrgicas que impongan sus criterios. Este domingo tercero de la Cuaresma lo tiene adjudicado desde siglos el relato del encuentro en un pozo samaritano de Jesús con la samaritana, la propietaria del mismo. Un relato que única y exclusivamente podemos leer en el cuarto Evangelio. ¿Y Mateo?, olvidado.

Hace poco más de un año comenté en dos ocasiones este relato (17 y 24 de enero de 2016). Ahora vuelvo a escribir otro comentario semejante a esos dos anteriores. Da tanto que pensar este relato que, como el pozo del que se habla, nunca se agotarán ni su agua fresca ni los comentarios que se escriban. Es un diamante literario y teológico pacientemente tallado.

El mensaje de este relato es una declaración revolucionaria y blasfema para la religiosidad judía de la Ley, el Templo y su Sacerdocio. Y no sólo para esta Religión judía con sus alargadas raíces en Moisés y Abrahán, sino para cualquier otra religión que podamos encontrar en la historia de la humanidad desde el ser humano de Atapuerca (posiblemente, el antepasado común de homínidos y humanos) hasta nuestros días.

Para el autor de este relato no hay otra religión que la experiencia de la vida que se comparte para hacer posible la convivencia de los unos con los otros, sin fronteras de dominio y patrimonio, sin competencias de poderes esclavizadores y exclusivistas. ¿Es imposible partirse, repartirse y compartirse? ¿Es imposible que cada ser humano sea un pozo de aguas frescas, limpias y comunicadas desde sus entrañas con las aguas de todos los pozos de todos los humanos? ¡Pozos comunicantes y comunicados!

*“Dame de tu agua”* (4,7 y 4,15) se han pedido mutuamente el varón galileo y la mujer samaritana. Hombre y mujer, judío y samaritana, de religión A y de religión B… De entrada, enemigos con más de setecientos años de historia a las espaldas, como así se cuenta en ‘El segundo libro de los Reyes’ capítulo 17. Y si somos enemigos tendremos que defendernos el uno del otro. Enemigos de sexo, de raza, de historia, de tierra, de cuerpo, de ley, de religión...

¡Basta ya de sernos, tenernos y sentirnos enemigos! El aire es de todxs (-as, -os), como el agua, la tierra, el sol, la luna, la vida…, viene a decirnos el autor de este relato del capítulo cuarto del Evangelio de Juan. La única religión somos tú y yo, galileo y samaritana, cuando empezamos a decirnos, creernos y sentirnos el uno en las manos del otro, confiadamente… ¿Se puede olvidar, acaso, aquello que este narrador de utopías escribió para cuantos deseen hacerlo cuerpo y sangre de sus personas en este mismo Evangelio en 13,35?

Si alguien lo olvidó, me permitiré recordarlo una vez más en esta oportunidad del domingo de Cuaresma o de lo que se desee celebrar. Qué importa el día, la hora, el mes o el año... *“Amaos unos a otros”*. Tan sencillo como compartir el agua fresca cuando la sed nos aprieta y tan complicado como atreverse a sembrar, despertar y mimar una utopía. **Carmelo Bueno Heras**

**Domingo 17º del Evangelio de Marcos (19.03.2017): Marcos 4,21-34**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Marcos 16,6-7)**

La anáfora *“Les decía también”* (4,21. 24. 26 y 30) nos permite reconocer las cuatro parábolas que la mano sabia que escribe desea que los oyentes o lectores recordemos con facilidad. Después de habernos empapado de la primera parábola del Reino (4,1-20) es muy sencillo comprender estas cuatro que ahora meditamos críticamente u otras cuatro mil que pudiéramos inventar, imaginar, escribir, compartir... como parábolas todas del Reino.

Y al escribir ahora y aquí ‘Reino’ o, como les gusta a otros especialistas más documentados que yo, ‘Reinado’ recuerdo lo que ya dije en el comentario anterior: *Este ‘mensaje-palabra-Reino’, ¿es un Cielo del más allá de esta vida?, ¿es mi Iglesia con su religión de siglos de certezas y sacramentos sacerdotales?, ¿o es tan poquita cosa, como tu persona y mi persona, los otros y las otras, que como espigas de semillas se parten, reparten y comparten? No lo sé…*

Este ‘Reino o Reinado’ es una luz encendida entre otras luminarias (4,21-23). Es una medida generosa junto a otras muchas medidas (4,24-25). Es una semilla sembrada en la tierra como tantas otras semillas (4,26-29). Y es también un grano de mostaza, diminuta semilla que crece hasta hacerse pequeño arbusto de aquellas tierras de Galilea (4,30-32). Cuatro parábolas arraigadas en el ámbito espacial y social de la casa, el pueblo y el campo.

Este ‘Reino o Reinado’ del que habla Jesús de Nazaret no es un palacio de reyes, como lo eran los de David, Salomón o Herodes. No es una fortaleza como la Torre Antonia de Jerusalén. No es una ciudad amurallada como la Cesarea del Mar. Y tampoco es un templo de tal o cual divinidad como el de Jerusalén o los de Roma, capitales de su nación o su imperio.

Las palabras de estas parábolas no son sólo imágenes ilustrativas de alguna simbología ecológica, sino denuncias de una realidad social que clasifica a las personas en gobernantes frente a obedientes. Que margina a las personas en pudientes frente a mendigos, en ricos frente pobres, en buenos frente malos, en libres frente a esclavos, en judíos frente a paganos…: *“Quien tenga oídos, para oír, que oiga”* (4,23).

Cuando leo y reflexiono esto de los ‘oídos’ en relación con el mensaje de Jesús sobre la identidad o realidad del Reino, pienso también en ‘ojos’ que ven, en ‘manos’ que tocan, en ‘boca’ que habla y hasta en ‘pies’ que pisan, sostienen, caminan o se asientan. Y me atrevo a unir estas referencias con la llamada a dejarnos sorprender por la decisión humanizadora de las aves que saben bien dónde asentar las casas de sus nidos (4,32).

**¿Dónde anidan las aves?** Escribo la pregunta y me imagino a este galileo Jesús, de quien nos habla María Magdalena, como un buen contemplativo de las gentes de su tierra, de sus casas, de sus campos, de su lago tan inmenso como un mar. ¿Sabía este Jesús que las aves anidan donde encuentran cobijo seguro, intimidad discreta, comida y bebida suficientes y cercanas? ¿Estos nidos de las aves eran el reino de sus sueños? ¿Tan poca cosa era su reino, su religión, su propuesta, su voluntad o la del Dios en quien creía? Cuando este Jesús de Nazaret se reunía a solas con los Doce (4,33-34) a explicarles estas cosas, ¿estuviste con ellos, María Magdalena?